

una humillación para la patria y de un exterminio en los patriotas cebándose; que los esbirros del Rey de Prusia y del Emperador se repartían miles de puñales para clavarlos en los pechos republicanos; que los ginetes de la caballería ligera del invasor se llevaban en rehenes los alcaldes mientras el hulano audaz cortaba las orejas de los empleados públicos y se las colgaban de sus frentes á los estropeados con risotadas aumentativas de la crueldad y de la barbarie; que marqueses, como el nefasto de Bouillé, autor de la fuga real á Varennes, amenazaban arrogantes con no dejar piedra sobre piedra en París, la ciudad maldita; que se hallaban todos condenados á muerte los treinta mil revolucionarios idos á prender al Rey en Versalles y los diez mil entrados en las Tullerías el veinte de Junio con todos cuantos habían desacatado la majestad real el diez de Agosto, conduciéndola desde su templo y santuario al destronamiento y al cautiverio: especies horribles, espiradas en el aire tempestuoso, repetidas hasta por los niños balbucientes, declamadas por las mujeres; pasto de todas las conversaciones, pesadilla de todos los ensueños; que formaba así un estado del espíritu y del ánimo colectivos, al cual por necesidad ha denominado la patología moderna época del terror, no justificable ciertamente nunca, pues deben tener las sociedades, como los individuos, más firme la voluntad y más segura la cabeza, no justificable jamás, repito, en tiempo alguno, por causa ninguna, siquier sea tan justa como la causa del humano derecho, explicable y comprensible, sin embargo, por tantos y tan vivos efluvios, como los que despedía Europa en aquella tremenda crisis. Imaginaos los pobres judíos de Jerusalén al acercarse los soldados de Ciro; el griego de las islas jonias al saber que azotaba Jerges las aguas del Helesponto para esclavizar hasta el mar; los romanos entre las hordas hidrófobas de Atila y Jenserico; el trabajador habitante de las playas oceánicas sorprendido por los normandos; las visiones dibujadas en todas las retinas de aquellas muchedumbres amenazadas por el saqueo, por el incendio, por el exterminio, por el Apocalipsis babilónico de la servidumbre ó de la conquista; y tendréis aproximada idea del espantoso terror donde había caído una sociedad en delirio.

¡Pobre y desgraciada Francia, víctima propiciatoria del derecho humano, consumida en holocausto al progreso universal! Perderla en estos momentos, cuando elaboraba el ideal humano en los panales de su ingenio ático, era verdaderamente para los tiempos modernos aquello que hubiera sido para los antiguos tiempos perder Atenas al momento de producir su filosofía y su arte. ¿Quién hubiese aplicado todo el pensamiento humano al derecho político cual Francia lo aplicaba? Todavía prestamos culto á Roma, todavía nos decimos romanos, todavía se levantan sobre los dogmas de la Ciudad Eterna nuestros templos, reconocemos á su Pontífice como jefe y cabeza de la gran federación formada por los pueblos católicos; todo ello porque Roma supo aplicar al derecho civil el humano pensamiento de la filosofía griega. ¿Cuánto más no hacía Francia en su aplicación del pensamiento de todas las ciencias modernas al derecho público y á la vida social? Pues los batallones

de la realeza histórica, semejantes á las irruptoras huestes mandadas por Tamerlán y por Atila, no caían sólo sobre Francia; también caían sobre toda la civilización. Los imbéciles Carlos IV y María Luisa por el Occidente apercibíanse al combate apocalíptico; el desalmado Rey de Cerdeña quería bajar sobre los feraces campos del Mediodía desde los agrios Alpes saboyanos, á guisa de lobo carnívoros, husmeando una crasa campiña de rediles y de rebaños; indisponíase poco á poco la monárquica Inglaterra con una democracia que acababa de cautivar á sus Reyes en el Temple, como si ella no hubiese lo mismo hecho con María Estuardo y con Carlos I; entraban los pesados, pero tácticos, regimientos de Austria por el Este acompañados de la estratégica y móvil caballería prusiana, con grandes cómplices dentro del territorio nacional, por causa de los Reyes y de los realistas y de los nobles y de los curas, quienes atraían por las desgarnecidas fronteras, desarmadas, en una indefensión espantosa, como plagas bíblicas, la irrupción y la guerra. A tal estado de las cosas, el espíritu reaccionario soñaba con retrollevar Francia y los franceses al tiempo que precedía inmediatamente la reunión de los Estados Generales. El castillo feudal surgiría de sus escombros; volverían á sus ladroneras los bandidos feudales; postraríase de hinojos ante la torre del homenaje la plebe marcada con el hierro candente de la servidumbre reencendido en las forjas de tan horrible guerra; patalearía el pechero en su horca y la hija del pechero iría, en su madre apoyada, con el rostro encendido, á renovar el peor de los cuatro malos usajes y á ofrecer en el lecho de los nobles redivivos al señorío restaurado, la flor de su virginidad; el sacerdote reanimaría las hogueras inquisitoriales, y circuido de los inquisidores, consumiría en sus braseros reanimados al soplo de la reacción, los filósofos y la filosofía; levantándose como cúpulas que rematara todo este gigante y monstruoso edificio el Rey antiguo, rodeado de sus ejércitos exterminadores y nutrido por las antiguas prestaciones: retroceso gigantesco, al cual se acabarían los frutos del Renacimiento, del Protestantismo, del Edicto de Nantes, del tratado de Westphalia, de la revolución inglesa, de la revolución americana, de la Enciclopedia, del Cristianismo, bajo una espantosa noche, donde se vieran por toda luz las fulguraciones del ojo de las aves nocturnas ó del fósforo de los fuegos fatuos que brillan en la soledad y en el silencio de los abandonados cementerios. Así, una espantosa neurosis poseyó á Francia; y en esta espantosa neurosis comprendió que llevaba sobre sí los destinos del género humano y la perpetuidad de las humanas sociedades, movidas á un progreso continuo, el cual no debía en un impulso regresivo caer de espaldas dentro del calabozo, de donde habían resurgido, y en que sólo podía encontrar, después de haber visto la luz y haber la vida nueva respirado, el horror de una perdurable deshonra y el silencio de una eterna muerte.

Así Francia, no solamente salvó su propia nacionalidad en aquel supremo trance, también salvó al género humano todo de un retroceso, que hubiera sido como terrible recaída en la esclavitud y en la barbarie. Vendida por los nacidos con obligación de defenderla;

traicionada por una parte del ejército, para quien estaba el suelo patrio en el trono antiguo; excomulgada de los sacerdotes, hechos y sustentados con el objeto y fin de que intercedieran por su integridad y salud con el Cielo; sin gobierno verdadero, pues no podía serlo el nombrado por un abortivo congreso que sólo diera de sus senos el terrible aborto de la Constitución destronada en sus dos poderes fundamentales, el ejecutivo, encerrado dentro del Temple, y el legislativo, encerrado dentro del Municipio, bajo anónima dictadura irresponsable y compuesta por numerosos dictadores ejerciendo autoridad absoluta y provocando una guerra civil inmediata; por toda inspiración el delirio persecutorio de Marat y sus cóleras, parecidas éstas á serpientes sueltas que mordían las plantas de los ciudadanos; por toda esperanza la insurrección interior estallando en los senos mismos de Francia; el general de sus tropas en los calabozos de Austria y la primera línea de su defensa tomada con la caída irremediable, así de Longwy como de Verdun; hubo menester inspiraciones sobrenaturales de su genio y nerviosa inverosímil sobreexcitación de su cuerpo, en su genio un ideal deslumbrador, como en su complexión una fuerza heroica, para reunir tantos factores de anarquía como pululaban por todas partes dentro de su seno, y con una demencia semejante á la sentida en su trípode por la Pitonisa de Delfos, y con iguales epilépticos estremecimientos, disciplinarlos en disciplina vigorosa militar, hacerlos instrumentos poderosos de guerra, señalarles la frontera, exigiéndoles el combate y el triunfo, al cabo conseguidos por maravillosas transfiguraciones, magna obra de aquella revolución incontrastable. El pueblo francés ostentaba entonces un carácter cosmopolita que ha sido su gloria y nuestra redención. Mientras los demás pueblos se dejaban imponer la revolución de arriba contra sus creencias y sus tradiciones, guiados por aquellos reyes filósofos, en todas partes coexistentes, como nuestro Carlos III y el alemán Federico II y el hapsburgo José II y el toscano Leopoldo y el ministro Pombal que oscurecía su monarca y María Teresa y Catalina, quienes únicamente podían tolerar el progreso que bajo sus coronas cupiera, y únicamente habían ofrecido á este gran movimiento en los pueblos católicos obra tan de combate y tan de negación, como las mutuas expulsiones de los jesuitas; el pueblo francés por sí mismo, y por sí solo, se levantaba, cumpliendo á un tiempo la obra de fundar su libertad interior con su independencia nacional contra los insurrectos de dentro y los coligados de fuera, para irradiar luego esta luz etérea de su idea y este calor vivificante de su vida en toda la Humanidad. Imaginaos qué había de suceder con este pueblo predestinado, á quien habían interrumpido su providencial obra, cuando la invasión avanzaba por el Este y la insurrección por el Oeste; cuando al general de los reyes coligados acompañaba el cura por los demás sacerdotes enfurecido; cuando el Morbidan arde, Grenoble vocifera, los Dos Sevres en guerra parten; Verdun y Longwy caen, suicidándose al deshonor uno de sus defensores; y hasta en las cercanías del Temple se hacen las más tumultuosas manifestaciones y dentro del Temple se

muestran los mayores regocijos posibles por estas desgracias de Francia, sobre la cual acababa Rusia de soltar en aquella hora treinta mil cosacos, acelerados y ululantes, quienes recordaban las irrupciones en el romano imperio de Atila y de Genserico. Armas en manos de todos los realistas; guardias nacionales del recién caído régimen liberal, más fieles al Rey que á la Constitución; agentes de las provincias insurrectas ó próximas á las insurrecciones; enviados de todos los Reyes contra el pueblo; espías y esbirros y verdugos de todas procedencias; clerecía influyente sobre los mismos espíritus liberales; intrigantes y conjurados, así franceses como extranjeros; desertores sin fin; todos estos elementos de perdición, restos del naufragio corrido por la Realeza, no resignados á la rota de sus huestes y á la demolición de sus ídolos, formaban una especie de atmósfera moral sobre París que su gobierno anónimo, su gobierno dictatorial, gobierno compuesto de gentes entusiastas, pero inexpertas, incapaces de comprender la realidad del triunfo y de medir los límites donde su autoridad y poder acababan, creíase por completo, sugestión proveniente del colectivo contagio social, imposibilitado de redimir la patria sin sacrificar antes en sus aras todos estos fautores, conscientes ó inconscientes, de la desastrada reacción. Como el marino deshace á cañonazos una espesa nube ó una tromba fortísima en el mar, los revolucionarios creían que conjuraban aquella reacción abrumadora con vapores de sangre sacada por sus uñas á las venas de los reaccionarios. Muchas veces se han encontrado los pueblos recién manumitidos frente á la irrupción y á la conquista extranjera y siempre han apelado á recursos extremos como el incendio de Sagunto antes que darse á los cartagineses, ó el incendio, antes que darse á los romanos de Numancia; como la sumersión de Atenas en el Agua, desafiando las galeras de Jerges; como el suicidio de Sión en presencia de Vespasiano y de Tito; como la ruptura de los diques holandeses que inundaron aquella movable tierra de Holanda bajo los triunfos de Luis XIV; como la simbólica desesperación de Guillermo Tell, expuesto al parricidio por su amor á la madre Helvecia; como tantos y tantos holocaustos hechos en aras de la patria por sus hijos; pero pocas veces se había visto, como se veía en Francia y entre los franceses á la sazón, ahora por nosotros historiada, pocas veces, que una parte de los ciudadanos, parte considerable, creyera vinculado el suelo nacional en el trono antiguo, y para defender y para salvar al primero, su propia sustancia, no solamente desconociera la libertad y el derecho de su propia patria, hiciese una criminal traición á esta patria.

Aquí lo admirable del estado crítico que historiamos: la desesperación, al encontrarse con fenómeno tan extraño y excepcional, remontó y sobreexcitó los nervios franceses hasta ponerlos en una tensión infinita, de la que surgieron visiones sobrenaturales del ideal con esfuerzos sobrehumanos del heroísmo. Cuentan como algunas veces el Vesubio enrojece y purpura tanto el mar como el cielo. Pues así en Francia sucedió á tan crítica hora. Los propios enemigos de la revolución se vieron cegados por sus llamas. Aquellas erupciones

el aire á una esclarecían, mientras á una fecundaban el suelo. Las legiones improvisadas parecían coros cantando. Al desconcierto y á la disonancia del combate precedían los conciertos y las consonancias del Arte. Hasta los objetos inertes é inanimados cantaban la Marsellesa. Parecía suprimido el instinto de la propia conservación. El último ciudadano saboreaba por anticipación la muerte, como saborea el místico la visión de Dios. Aquellas generaciones por un sí querían el castigo de cuantos crímenes se perpetraran en los siglos pasados contra la humanidad; por otro sí querían las aplicaciones del derecho humano á los venideros en las edades futuras. De aquí lo extraño, y aun extravagante, de su naturaleza. Por un lado parecían generaciones de profetas; y por otro lado generaciones de verdugos. El castigo de lo pasado les manchaba las manos con roja sangre; la esperanza de lo futuro les prestaba como alas de ángel. En el espacio de dos semanas, departamentos dejados á sí mismos reunían, uniformaban, disciplinaban ejércitos innumerables, lanzándolos, como si lanzaran una piedra, de un solo empuje y un solo esfuerzo, al extranjero. Así, las ciudades no dormían á la enfermedad terrible de Francia invadida, como vela una buena familia su madre moribunda. Cada cual sacaba de su casa lo que tenía, poniéndolo á merced y disposición del Estado, después de reducirse al trabajo por jornal, y prometer al Estado la mitad por lo menos del salario. Dos ciudadanos de dos aldeas con sus sendos recursos equiparon dos escuadrones de caballería. Hubo un pueblo que se vendió por precio y depositó en los altares nacionales trescientos mil francos de su venta. Veíanse familias entorcas ir á inscribirse, llevando los padres á la defensa nacional hasta sus menores. A este movimiento, las piedras se amontonaban en murallas, los hogares se convertían en fortalezas, las campiñas eran verdaderos campamentos, las mujeres se presentaban de cantineras, cuando no de médicas; llenábanse los aires de consignas, como en los pueblos sitiados; volvíanse los funcionarios centinelas; cual en deshecho naufragio, los desconocidos se hablaban y se acorrían unos á otros; cada espectáculo se trocaba en una escuela militar y en una excitación al heroísmo; brotaban las picas como árboles, al modo que los bosques animados de los antiguos celtas; por sí mismos se forjaban los chuzos, como si las entrañas del suelo francés fuesen improvisadas fraguas; y hasta las madres renovaban las figuras de aquella inverosímil Esparta, nacida para la guerra, diciendo preferían ver sus hijos muertos á verlos presa de la indiferencia y del ocio; pues la religión del patriotismo transfiguraba las naturalezas y hacía increíbles milagros. Cuenta Michelet, gran historiador de tan extraño movimiento, que cierto día de aquellos, unas madres y abuelas, no tan espartanas como la generalidad de sus compatriotas en tal tiempo, menos fervientes y más humanas que la generalidad, se plañían de la guerra europea y de la revolución francesa, sin alcanzar su importancia, recludas dentro de su maternal egoísmo y limitadas á considerar tan trascendentales sucesos por el cristal de sus hogares y por el latido de sus corazones. A ellas importábales poco anduviera el mundo, si la vivienda propia se veía necesari-

riamente atrasada; y ganase mucho la humanidad, si perdían ellas sus hijos en esta humanitaria obra, para sus sentimientos inhumana y cruel. No le digáis á una mujer casera que las revoluciones resultan obras de Dios, condensaciones del tiempo, movimientos cósmicos en el espacio; ellas las atribuyen á las pasiones é intereses de los hombres, bebiendo los vientos y trastornando la tierra por enriquecerse y gallear, por hombrearse con los Reyes, por ser diputados y ministros. Estaban imputando á Danton la guerra, y Danton aparece por una casualidad ante sus ojos en una parisién callejuela donde tenían urdidas estas conversaciones de comadres. Verlo y lanzarse como harpías sobre su cuerpo monstruoso fué obra de un minuto. Danton se halló, como el desdichado Macbeth, perseguido de las brujas. Nunca se creyera tan próximo á ser despedazado. Los tribunos y los revolucionarios deben temer más un incruento combate con las mujeres que un cruentísimo combate con los hombres. Tanto duelen los arañazos en el alma cuanto las heridas en el cuerpo. Pero Danton era el valor en persona. Y como era el valor en persona, no respondió á las uñas que le arañaban, y á los dientes que parecían castañetear, cual quijadas de crocodilos, con golpes, si no con serenidad, á cuyo poder se aquietaron, retrocedieron las furias. Entonces, libre de sus garras, empezó por insultarlas, y concluyó por conmovérlas. El orador superó el odio que inspiraba, y la fealdad que tenía, llegando con su mirada y con su acento y con su frase al corazón de aquellas mujeres. Subido sobre un guardacantón, para que le sirviese de tribuna, y sin volverles nunca la espalda, pues lo hubiesen despedazado aquellas mujeres, como á Orfeo las furias, empezó diciéndoles dicharachos obscenos y concluyó elevándolas hasta lo sublime. A los pocos minutos de penetrar, arrastradas por su arenga en tal región espiritual, sintiéronse otras y despojáronse hasta del carácter de madres, comprendiendo que si ellas habían engendrado á sus hijos, Francia las había engendrado á ellas. Así, clamaron como amazonas, cuando Danton les pintó en palabras fulminantes la patria invadida; y pidieron armas que blandir, no sólo para sus hijos, para ellas mismas con sus propias manos, enardecidas y convulsas al contacto de aquellas frases, verdaderas brasas de fuego devorador. Y comprendieron que por la patria debe inmolarse la vida, obscurecerse la conciencia, pedirse hasta el deshonor, pues menos que un bruto parece quien á la vida llega sin libertad y sin hogar. Con aquella estatura de titán y con aquella cara de cíclope; los pulmones vibrantes como fraguas; la voz con resonancias de trueno y los ojos con relampagueos de tempestad; agitados los puños, cual si blandieran manojos de rayos; firmes las plantas como un coloso erguido sobre una gran base; los brazos parecidos á dos enormes armas que pelearan formidables con seres invisibles; Danton demostró en las inspiraciones de aquel momento sublime cómo, ante todo y sobre todo, se necesitaba una patria, no sólo porque su calor nos anima y su luz nos esclarece, y su tierra nos sustenta, sino también porque sin ella no hay ara posible donde arder pueda el fuego y la llama de nuestro espíritu. Así formuló el titán esta pa-